

## Resurgir del miedo

Victoria

He decidido escribir respecto al acontecimiento que ha sido más difícil superar en mi vida.

Me encontraba yo en una época de gran actividad cuando noté que en mi cuello crecía un ganglio. Fui al médico, quien me recetó un antibiótico y me advirtió que si no desaparecía tenía que regresar para realizarme algunos estudios.

Tomé el medicamento y no pasó nada, el nódulo en mi cuello seguía allí. En ese momento no le di mucha importancia, tal vez porque amamantar y cuidar a mi bebé me demandaba mucho tiempo, y atender mi tienda en esa temporada navideña también exigía trabajo extra. Pues pasó la Navidad y la boda de mi hermana, después llegó el año nuevo y más tarde tuvimos el bautizo de mi bebé.

Ya para entonces yo estaba preocupada, pues notaba que el ganglio en mi cuello en lugar de desaparecer había crecido. No me dolía ni sentía molestias, pero me angustiaba que permaneciera allí. Tal vez no lo había afrontado por la temporada de trabajo y fiestas, pero ya no podía esperar más.

Acudí de nuevo al doctor, quien me dijo que debía realizarme una biopsia. Era el médico que había atendido mi parto, con quien llevábamos cierta amistad. Hizo algunos comentarios que a mi marido y a mí nos preocuparon, por lo que saliendo de esa consulta decidimos ir a ver a otro doctor que tenía fama de ser muy acertado en sus diagnósticos y contaba con mayor grado de especialización. Él ordenó unas radiografías de tórax urgentes y me pidió que regresara con ellas de inmediato... pero que no acudiera sola. Un viento frío del mes de enero recorrió todo mi ser.

108

Para esos momentos yo ya tenía el presentimiento de que algo ocurría dentro de mí, que algo muy malo estaba por acontecerme. Y esa simple instrucción aumentó más nuestra angustia y preocupación.

Regresé con mis radiografías acompañada de Pablo, mi esposo. Cuando el médico internista las vio empezó a hablarnos de una amiga muy cercana nuestra que hacía apenas un año había fallecido de leucemia y de gente que había padecido de cáncer recientemente.

Mi marido se alteró mucho por estos comentarios y le reclamó que por qué afirmaba tales cosas sin tener el resultado de una biopsia o algo definitivo. El médico concluyó que tenía que someterme cuanto antes a cirugía para realizar el estudio que confirmara o descartara la posibilidad de la temida enfermedad. Fue tal el susto por los comentarios del médico que de alguna manera nos las arreglamos para encargar a los niños y esa misma tarde estaba yo en el hospital lista para lo que fuera.

La intervención la realizó otro médico muy amigo de la familia y además compañero de partido político. La cirugía fue bastante sencilla y sólo me dejaron unas horas en el hospital para recuperarme de la anestesia local y esa misma noche me enviaron a casa. Desde esos momentos yo ya tenía la certeza de que algo andaba muy mal y me puse a investigar frenética en un libro de medicina y en las diferentes enciclopedias todo lo referente a padecimientos linfáticos y en especial a este tipo de cáncer.

Las muestras se enviaron con el único patólogo en la ciudad, el cual tardó dos largos días en tener los resultados. Para nosotros fueron eternos. La recomendación había sido ir a recogerlos el sábado por la mañana. Yo me levanté temprano ese día, me arreglé con esmero tratando de disimular mi nerviosismo y me fui como de costumbre a trabajar. El acuerdo fue que Pablo recogiera los resultados. Después comprendí que había sido una difícil encomienda para él solo.

Pablo tuvo que ir en tres ocasiones, ya que le decían que los análisis aún no estaban completos, eso lo puso todavía más ner-



viado. Cuando llegó a la tienda donde yo me encontraba, bastó para mí ver su rostro desencajado, sus ojos enrojecidos por el llanto y su expresión de angustia. El resultado era el que tanto habíamos temido: el diagnóstico fue cáncer linfático, técnicamente denominado "linfoma de Hodkin".

Inmediatamente después de enterarme, sentí un peso enorme sobre mí. Fue un momento estremecedor. Muchas cosas empezaron a dar vueltas en mi cabeza. Yo trataba de mantener la calma pero el miedo me paralizaba. Era como recibir una sentencia de muerte. De repente, todo a mi alrededor era diferente, no podía pensar con claridad, los sentimientos se agolpaban en mi pecho y me invadió la terrible angustia de que pronto dejaría a mis pequeños solos.

Pensaba en mi bebé de tan solo seis meses de edad al que aún amamantaba, y en mi chiquito de tres años que tenía gran apego a mí, y ni qué decir de mi nena que apenas alcanzaba los seis años y ya era una niña brillante. No podía tolerar el pensamiento de separarme de mis hijos, de dejarlos solos, pensaba en toda la falta que les haría su mamá.

Nuestro primer impulso después de la noticia fue dirigirnos a la iglesia y así lo hicimos; frente al Santísimo permanecimos por algunos momentos en oración, tal vez buscando la tan necesitada ayuda, la esperanza y la fe que en esos momentos se tambaleaba. A pesar de que tuve unos días para prepararme ante la noticia, el golpe fue duro e indescriptible. Al paso del tiempo me di cuenta de que probablemente fue más difícil sobreponerme al diagnóstico que a la misma enfermedad.

Al salir de la iglesia fuimos a casa de mis padres para darles la noticia. Pablo y yo estábamos totalmente devastados y tal vez acudíamos en busca de protección paterna, de ese calor que te da seguridad y al que buscas volver cada vez que sientes una amenaza. Todavía recuerdo esos momentos como si hubieran ocurrido ayer. Nos reunimos en la recámara de mis padres y Pablo se encargó de transmitirles la terrible noticia; no hacían falta muchas palabras, bastaba ver nuestros rostros pálidos y llorosos y el temblor que nos ocasionaba el miedo.



Yo siempre había estado muy apegada a mi familia, en especial a mi mamá. Mi padre era un hombre corpulento y fuerte, tanto físicamente como de carácter, yo tenía la imagen de él como un gran roble, pues siempre nos había dejado ver su firmeza y nos exigía responsabilidad, trabajo y otros valores que cuidadosamente nos había inculcado. Cuando conoció la noticia mi padre se desmoronó y lo vi por primera vez llorando como un niño. Me sentí aún peor por ocasionar a mis padres semejante dolor.



Mi mamá en cambio permaneció de pie junto a la cama donde yo me había sentado. Era una mujer cálida y amable que siempre se había sometido a la voluntad de mi padre. Sus canas no ocultaban que su edad se medía ya por siete décadas. Sus manos dejaban ver todo el trabajo que había tenido que realizar junto a mi padre para sacarnos adelante a mis seis hermanos y a mí. Habló con voz firme y segura. Dijo: “Hija: vamos a salir adelante; Dios nos va a dar fuerzas para luchar y todo va a salir bien, no se preocupen”. Sus palabras fueron mágicas, cayeron sobre mí como gotas de lluvia en la tierra árida. Nos asimos a ellas tal vez buscando la tan ansiada esperanza y la fuerza que todos necesitábamos en ese momento, especialmente yo, que me sentía como si ya estuviera en el fondo de la tumba.

Inmediatamente el ambiente se transformó y mi padre se puso de pie y secundó las palabras de mamá. Fue en ese momento que comprendí quién había sido realmente la fuerte en la familia a lo largo de todos esos años.

Con las palabras de mi madre en la cabeza, me llené de valor para regresar a mi casa y abrazar a mis pequeños tratando de mantener la calma, aunque sentía el corazón partido en dos.

Desde ese momento todo me pareció diferente. Fue como si mi mundo hubiera cambiado de color: si escuchaba una canción, era distinta; si alguien planeaba el futuro, de inmediato pensaba si yo estaría allí. Mis sentimientos estaban a flor de piel.

Pronto desfilaron por mi casa algunos miembros de la familia cercanos, recuerdo especialmente la visita de Plácido, un conuño que, sacudido por la noticia, llegó llorando a grito abierto





y lamentándose de que eso me ocurriera, decía: ¿por qué usted si es tan buena? En ese momento sentí que me invadió la ira y le hablé de manera muy brusca, diciéndole que tendrían Victoria para rato y que no me iban a cafetear. Fue una gran paradoja, ya que Plácido falleció a la vuelta de unos meses, víctima de un terrible cáncer de páncreas que ya padecía en ese momento sin saberlo. Tal vez fue mi primera reacción agresiva ante esa muestra excesiva de duelo.

Cuando atraviesas por este tipo de circunstancias te das cuenta de lo mal que se siente que te compadezcan, te tengan lástima o den por hecho que vas a morir. Es muy común que la gente se refiera a este tipo de enfermedades como “incurables”, “terminales” o cosas por el estilo, y cuando eres tú la que estás padeciéndola, sientes mucha rabia de que se hagan tales afirmaciones con total ligereza, sin conocer siquiera las características de tu padecimiento.

Mi papá tenía un dicho que después de mi enfermedad jamás le volví a escuchar, decía: “El cáncer y lo pendejo son enfermedades que no se curan”. Imagino lo difícil que tuvo que ser para él superar la fatalidad de esta frase, en especial cuando su “polvito de oro” era quien tenía que luchar contra la enfermedad.

Para mí fue un reto muy grande vencer todas esas afirmaciones y creencias, y por lo tanto superar el miedo terrible que sientes de que se hagan realidad en ti. Desde entonces cada vez que tengo oportunidad trato de sensibilizar a las personas: les digo que no podemos generalizar, ni juzgar a nadie por su enfermedad. Como decía un médico amigo de mi padre: “Existen enfermos, mas no enfermedades”.

Los dos primeros días después de enterarnos de mi enfermedad, fueron devastadores anímicamente. Luego nos repusimos y pedimos información: hablamos con una prima mía que es doctora y con el esposo de una amiga muy querida, que también es un destacado galeno y se desenvuelve hábilmente en el medio. Ellos nos hicieron excelentes recomendaciones.



Sin embargo yo me seguía sintiendo en el fondo de un abismo. Fue hasta que vi a mi esposo derrumbado, en un momento en que él también tocó fondo, cuando me llegó una fuerza inesperada que me hizo resurgir y levantarme. Recuerdo claramente que le dije a Pablo con mucha firmeza: “No me voy a morir. Por ti, por mis hijos que me necesitan y por mí, voy a luchar con todas mis fuerzas”. Al instante, me sentí diferente, era como si del cielo me hubieran enviado una gran espada fulgurante que yo empuñaba y levantaba para amenazar al enemigo. Creo que ese fue el primer paso de mi sanación. Dejé de sentirme víctima y por un momento asumí la responsabilidad y el compromiso de convertir todos mis miedos en coraje para afrontar la situación. Fue un proceso de altas y bajas en el que hice uso de toda mi voluntad para sobreponerme a la depresión.

Fue una larga batalla en la cual tuve que luchar principalmente contra mis propios miedos. Pasó el tiempo y seguía acudiendo a revisiones periódicas para constatar lo que el médico me dijo aquel mes de julio de 1996... Que estaba totalmente curada.

Después de sentir mi vida tan amenazada, pude valorar tantas bendiciones que están a mi lado y que antes no percibía: el color y aroma de las flores; la sensación hermosa de un día soleado; el canto sonoro de los pájaros; las sonrisas de mis niños jugando; el amor de mi familia y amigos...

Apenas me dieron de alta nos fuimos de viaje a un crucero por el Caribe. Luego me dio por asistir a clases de piano, pues era algo que yo siempre había anhelado y nunca pude hacer en mi niñez. Era como si todo lo pudiera hacer y disfrutar intensamente, porque tenía la conciencia del valor de la vida y de la salud.

Dios me dio una nueva oportunidad para disfrutar de todas las bellezas de la vida, para ver crecer a mis hijos y para amar con mucha intensidad.